

rante, y les anunció cómo, en cumplimiento de un voto, irían la mañana próxima una mitad de sus marineros, en penitencias solemnes, á las primeras ermitas. En efecto, fueron; mas ¡cuál asombro no sentirían, al verse asaltados por los lusitanos, reunidos unos á pie y otros en cabalgaduras, que penetraban todos dentro del santuario no bien mediada la misa, con gestos muy amenazadores y palabras muy soeces, prendiéndolos como á enemigos cuando eran sus aliados y sus huéspedes! Pues al asombro suyo uniése bien pronto el asombro de Colón. Esperando estaba la vuelta de los peregrinos para emprender él su correspondiente peregrinación, y, en vez de los esperados, se le apareció sobre una barca el capitán portugués y le dijo cómo los había presos á todos. Indignése Colón al increíble atentado, y después de proclamar sus títulos, los títulos de Almirante y Virrey, así como de mostrar las cartas que tenía de sus Reyes, en las cuales á sus aliados y amigos encarga le prestasen los auxilios cambiados en todo evento entre las cordiales alianzas, acabó por amenazar á quien así faltaba con toda la cólera de Castilla, muy capaz, en los requerimientos del honor, muy capaz de no dejar allí piedra sobre piedra. Amarrado el buque á la tierra mandada por el capitán á quien dirigiera Colón tamañas frases, debió de allí zafarse pronto en el natural temor á que cortasen las amarras. Pero no tenía buen lastre, como constreñido á reponerlo con llenar los barriles de agua marina, y ni siquiera marineros, por habersele quedado los más duchos presos en tierra. La cerrazón del horizonte y las agitaciones del mar, así

como la reducción de los marinos hábiles á tres, tantos casos adversos pusieron á Colón en tales aprietos, que volvía los ojos á las islas recién descubiertas y las consideraba como el Paraíso terrenal. Dábale de costado el mar y comunicaba tales sacudidas al barco, que á todas sus calamidades externas sumábanse internas angustias de los cuerpos verdaderamente homicidas.

Y aun debían dar gracias á Dios Padre, pues si, en vez de combatir las olas por un solo costado á la carabela, combatiéranla con dos corrientes contrarias por sendos y opuestísimos empujes, de seguro naufragara y se perdiera. Iba en demanda el Almirante de una isleta, conocida bajo el nombre de San Miguel, y no pudo alcanzarla, teniendo que volverse á la *Santa María*, magüer los daños ya sufridos y los temibles. Allí volvió á ver á algunos que capeaban desde cercanos escollos y le requerían á presentarse sobre cubierta. Y, tras este requerimiento, se acercó un esquife con cinco marineros, dos capellanes y un escribano, quienes le rogaron presentase los por él referidos poderes y cacareadas epístolas Reales. Resistiólo Colón, muy sobre aviso ya respecto de lo que intentaban; pero desprovisto de medios para ir á malas, avínose á buenas, y mostrando las cartas, exigió la devolución de los prisioneros, como así lo alcanzara en seguida, con grande satisfacción de todos y buena lección y mejor escarmiento para él en lo sucesivo. Mandado detener según le notificó el capitán por la Monarquía portuguesa, ¿cuándo á la detención escapara? Sumas gracias debió dar á Dios por haber salido á bonanza tras esta nue-

va tormenta moral, no menos peligrosa que las tormentas materiales. Cobró su gente y puso la proa ruta de Castilla el domingo 24 de Febrero. Con vario tiempo anduvo unos cuatro días por aquellos mares, hasta los primeros de Marzo, en que violentísima turbonada le sorprendió de nuevo y lo tuvo á dos dedos de su perdición y acabamiento. Ofreció nuevas romerías con romeros nuevos á santuarios de la Virgen y á Dios le ofreció el holocausto de la conformidad interior con sus decretos y de la más probada y firme paciencia. Esas cordilleras de olas, atribuídas á imaginación de los poetas, que tanto al marino aterran, y de cuyo furor no puede ninguna hipérbole dar idea, se arremolinaron en derredor del barquichuelo, y lo subieron á las alturas, como al rendirse con tanto estrépito y una tan enorme pesadumbre, bajáronle también á los abismos. Vió tierra entre los paños fúnebres de las tinieblas negrísimas, iluminadas por el relámpago; y mandó dar al papahigo, como dicen los marinos, un poco de vela en vulgar lengua, por ser cosa de mucho peligro la proximidad á tierra en tormentosa y oscura noche. Como por arte de magia increíble, al fin y al cabo la tempestad se descorrió, y aparecieron las blancas dunas á un lado, que cercan el abra de Lisboa; las amplias bocas del Tajo enfrente, ceñidas de áureos arenales y recamadas con hervientes olas; muy cerca de allí el pintoresco puerto de Cascaes, donde se mezclan casas y naves, anzuelos y azadones; sobre todo la hermosa montaña de Cintra, bordadísima de jardines multicolores, cubiertos de gayas flores y aromado de balsámicas esencias; una parte de la queri-

da península Patria. Mucho gozo hubiera sentido Colón de tropezar con tierras donde viera el pabellón de Castilla y poca confianza debía inspirarle un Estado, cuyos agentes le habían recibido tan mal en los dominios ultramarinos suyos, y cuyo Rey se la tenía jurada por descargar sobre la voluntad ajena responsabilidades á él únicamente imputables por una conciencia recta y clara. Pero no podía evadirse de anclar en el Tajo. La mar no se aquietaba y los temporales seguían tan deshechos como no los recordaba iguales nacido ninguno, hasta el extremo de haberse los mares en aquellos días tragado unas veinticinco naves flamencas con tripulaciones hábiles y numerosas. Muy cerca de la desembocadura temía Colón verse asaltado por gentes de aquellas orillas y pidió que le permitiesen anclar frente á Lisboa misma. Encontrábase allí en el rastelo surta poderosísima nave real, de muchas toneladas y grande artillería, comandada por patrón en cosas de mar tan ducho como Bartolomé Díaz, el cual fué con su batel á la carabela y requirió á Colón para que le siguiese, requerimiento á que opuso el Almirante la resistencia propia de su alta dignidad y poder, limitándose tan sólo á mostrar aquellos papeles por cuya virtud y autoridad podía entrar libremente al habla en los puertos de todos los Estados que tuvieran ó alianza ó paz con los Monarcas de Castilla. En cuanto notificó su calidad, menudearon los obsequios. El capitán de la nao lusitana, con acompañamiento de atabales y trompetas y añafles, á que seguía grandísima pompa, le visitó, haciéndole mucha fiesta y holgándose con su regocijo; las gentes de Lisboa

corrieron á verle y aclamarle, por haber tan grande misterio roto con su audacia y revelado al mundo tierra tan extraña, trayendo consigo ejemplares de tribus tan primitivas; D. Martín de Noroña, hidalgo portugués, llevóle una carta de D. Juan II, en cuyas letras invitábale á pasarse por la corte, donde hallaría singular acogimiento; los naturales de Sacamben, donde pernoctó en su viaje á la visita del Rey, festejéronle con toda clase de festejos: el Prior de Crato, la principal persona entre todos cuantos residían allí, lo tuvo por huésped, obedeciendo Reales órdenes; asentólo á su mesa el Rey con reverencia y oyó todas sus invenciones con interés; hasta la Reina, que vivía de temporada en el convento de San Antonio, no quiso dejarlo partirse de ningún modo sin escuchar de sus labios aquel poema real de navegación, superior en milagros á cuanto los mayores poetas idearan y escribieran en los arrebatos de sus respectivos estros; y quien había salido de Portugal tratado como un demente, á Portugal volvía reverenciadísimo como un Dios. Esta contraposición hería más que ningún otro pecho el pecho de Don Juan II. A cada noticia dada por el descubridor, un remordimiento le taladraría las sienes con su venenosa punzada, y á cada relación hecha el vértigo engendrado por las grandezas frustradas le trastornaría el cerebro. Al pensar que todos aquellos mares, cargados de perlas, y todos aquellos territorios, henchidos de oro, y todas aquellas islas, aromadas por especierías increíbles y parecidas en su hermosura sin mancha de ningún género al reencuentro del Paraíso sin pecado, pudieron pertenecerle y todo lo

perdió por no haber oído con atención al mismo á quien escuchaba con envidia; mil ideas, á cual más rara y de más imposible realización, cruzaron por su obscurecida mente, y mil propósitos, á cual más desatinado y violento, lucharon en su incierta y perturbada voluntad. Sufría su corazón agudísimo dolor á causa de no poder descargar el peso de su conciencia sobre ninguna otra responsabilidad más que la propia. En el curso de la conversación diplomática con el Almirante ya deslizó una especie tan peligrosa como su creencia de que aquellas islas nuevas entraban en el radio de los dominios pertenecientes al sumo imperante del Bojador y de Guinea, según antiguos convenios con Castilla y supremas decisiones del Pontífice. Pero Colón le deshizo tales argumentos sin esfuerzo ninguno, merced á la competencia y maestría propias de quien juntaba con las adivinaciones del genio los estudios del sabio. Se añade por algunos que, á hurtadillas, esquivándose del descubridor todo cuanto podía, llevó á Palacio desde la carabela un indio natural de la primer isla descubierta y le hizo contar con granos de alubias secas el número y la posición de todos cuantos territorios componían el hermosísimo archipiélago. Y cuando vió el grupo de las Bahamas, compuesto por los islotes Lucayos; y luego la inmensa Cuba, de fabulosa feracidad; y más lejos la Española, tan grande como Portugal; y San Salvador con su corona de arrecifes; y la Fernandina con sus industriosos indios; y la Concepción y la Isabela, tan poéticas, todas con sus raíces de corales en el mar y en el cielo su corona de palmas, llegó á desesperarse por tal

modo y en tales términos, que volvió contra el descubridor toda la cólera natural en los remordimientos descargados por la conciencia sobre su propia persona. ¡Cuál dolor no sentiría cuando los cortesanos, diligentes de suyo en cumplir todo aquello que creen deseado por los Reyes, trataron de asesinar á Colón; y cogiendo sus carabelas y sus indios, volverse al mar, antes impenetrable, ya penetrado y descubierto, para izar allí el pabellón de Portugal. Mas un poco de conciencia en el Monarca y otro poco de miedo á Castilla entraron en la definitiva resolución, en la justísima y cuerda de dejar ir á Colón donde le pluguiese, despidiéndole muy satisfecho y muy honrado, no sin felicitar á los Reyes castellanos por su reciente, por su increíble, por su maravilloso imperio, de tanta novedad y grandeza.

La delicadeza en su complexión y la ternura en sus afectos muéstralas Colón, como en cien otras ocasiones, volviendo antes al sitio de donde se había partido, y en el cual muchos recuerdos tristes de su obscuridad y de su pobreza debía encontrar, que á la corte de donde sacara los primordiales elementos para su obra y en donde aguardaba cuantiosísimos premios al éxito milagroso de su empresa. Cosa bien cierta que las penas por cualquier logro sufridas aumentan el valor material y moral de éste muchísimo. El piloto modesto recién llegado de lejos, el genovés nómada, el huésped oscuro de un lugar costero modestísimo, el pariente vulgar de una familia desconocida casi, el padre infeliz, para quien su hijo mayor era como pesadísimo gravamen, por no poder mantenerlo

á su gusto, siquier lo amase con todo su corazón; el mago reído por todos, y comprensible sólo á la ciencia de Garcí-Fernández, el médico, y á la intuición de Fr. Juan Pérez, el penitente, debía encontrar en la remembranza de tamaños vejámenes, con los que sañudamente le persiguiera la suerte adversísima, motivos de mayor satisfacción por la gloria conseguida y de mayor aprecio á los altísimos puestos de Almirante y Visorrey ganados por el heroico esfuerzo doble de su voluntad y de su idea. ¡Cuántas vigiliass en su celda! ¡Qué número de burlas amarguísimas llevadas al seno del claustro! ¡Qué impaciencia, viendo cómo se le concluía la vida y con la vida la esperanza! ¿Y los días aquellos en que Juan Pérez fué á Granada? ¿Y la deficiencia de medios, aún después de granjeadas unas capitulaciones tan favorables á su persona como el solemne acuerdo de Santa Fe? ¿Y la fuga de todos los tripulantes? ¿Y la despedida de su hijo? ¿Y la mirada última puesta en el monasterio altísimo, cuando se abría el mar tenebroso para tragarse las carabelas del descubridor atrevido? La liturgia de nuestra Semana mayor católica tiene representaciones varias de tal estado de ánimo en su Sábado Santo. Ábrese temprano la iglesia y continúan las tristezas del Viernes, como si los aires aquellos estuvieran cargados con las lamentaciones de Jeremías aún y envueltos en las luctuosas tinieblas. El tenebrario está sin las velas á un lado, el ara sin los linos á otro, el velo morado cae desde las tristes bóvedas sobre los solitarios altares desnudos. Suena la siniestra carraca en la torre silenciosa y parecen los rezos cual sollozos de

muertos. Pero, en cuanto llega el gloria, los velos se rasgan, las lámparas se iluminan, las trompetas angélicas del órgano resuenan, el altar desnudo recobra sus blancas vestiduras y el santuario desierto se llena con la presencia de su Dios, resucitando entre guirnaldas de luces regocijantes é himnos de verdadero triunfo. Comparad aquella peregrinación de penitentes á la salida con estas procesiones de triunfadores al regreso; aquella misa, como si fuera de *Requien*, á los oídos de Colón rezada por el Padre Juan, solo entonces, con el *Te Deum* en que tomaban parte las muchedumbres ahora; el adiós horrible á la partida cuando se oían sollozos y se tocaban desesperaciones tan sólo, con el acogimiento regocijadísimo al triunfo; los denuetos al descubrir en el piloto demencia de un intento imposible con las bendiciones cuando traía un logro cierto; el universal omnímodo plañido en tantas fechas tristísimas con este rogocijo; y decidme si creéis acertado que llamemos al primer día su elegíaco Viernes Santo y al segundo día su Resurrección y su Pascua. El mundo es horrible por la mezcla de lo bueno con lo malo en su seno. Junto á la epopeya viva y regocijada una tragedia viva también y siniestra. La serie de tristezas y las evaporaciones de lágrimas que se han personificado en Job, en Prometeo, en Edipo, renacen aquí á esta hora solemne. El hombre que más contribuyó al deseado logro de la idea colombina, llega triste al puerto, entra solo, desembarca como un criminal perseguido, corre á su casa, donde se oculta como en una prisión, y muere. ¡Oh! Era Martín Alonso Pinzón, víctima de no

haber apreciado toda la grandeza propia de su participación en la obra y de haber querido acapararla tristemente para sí. ¡Qué bello ángel fuera Luzbel, de no haber querido ser Dios! ¡Qué grande hombre Martín Alonso, de no haber querido ser Cristóbal Colón! Había concluído de sus dineros los apercebimientos y preparaciones á la obra; juntado por su autoridad las tres carabelas y las respectivas marinerías; puesto empeño, seguido de feliz logro, en la organización del viaje, frustrada en manos de los continos del Rey; sometido los moralmente rebelados; conseguido con sus consejos orden, allí donde toda su misión se perdía en los minutos más críticos de la colosal empresa; disipado tempestades morales más terribles que las tempestades oceánicas; mostrado en el arte difícil de la realización del plan calidades excepcionales, dignas de ser colocadas por la diversidad misma de sus méritos junto á las mágicas y sobrehumanas de su competidor, misterioso adivino; pero el cálculo certerísimo, la voluntad firme, la paciencia santa, el valor heroico, las dotes de administración y de mando se mezclaron á celos tan rabiosos, á envidias tan punzantes, y á competencias tan batalladoras, que le trajeron esta violentísima muerte y le macularon la gloriosa vida. No se debió apartar nunca de Colón. Aquel apartamiento en busca de las riquezas, que decían los indios del Salvador entrañadas en los senos de Haití, fué un acto de indisciplina, en todas partes imperdonable, y más allí en el mar, donde todo corre peligro de ruina cuando no se sujetan y someten todos á la más pasiva obediencia. Vuelto, no cabe duda que mos-